

Oralidad y subjetividad como herramientas de lecto-escritura Javier Naranjo y Orlanda Agudelo

Entrevista realizada por Darío Sánchez

Javier Naranjo Moreno y Orlanda Agudelo Mejía son gestores culturales y promotores de lectura y escritura en espacios alternativos a la educación institucional, tales como bibliotecas comunitarias y talleres de escritura. Orlanda es antropóloga, ha orientado la formación en fomento de lectura de madres comunitarias y agentes educativas asociadas al ICBF, además de acompañar la formulación de diversos proyectos en bibliotecas escolares e instituciones educativas de Antioquia; compiló y editó con su coequipero un conjunto de cartas realizadas por los participantes de sus talleres bajo el título *Lo que mi voz leía* (Editorial Eafit: Medellín, 2019). Javier ha materializado su labor en originales publicaciones como la recopilación de definiciones infantiles titulada *Casa de las Estrellas* (que ha tenido cuatro ediciones en Colombia, entre 1999 y 2013, y dos ediciones en Brasil, la última con Editorial Planeta: Sao Paulo, en 2018) y los testimonios infantiles recopilados en *Los niños piensan la paz* (Banco de la República, 2015); fue, además, coordinador del Centro Comunitario Rural “**Laboratorio del Espíritu**”, en el Municipio del Retiro, Antioquia. En sus talleres, Orlanda y Javier parten de la oralidad para motivar la lectura y la escritura y exploran las dimensiones subjetivas y creativas de los participantes, las cuales son frecuentemente relegadas en el espacio de la educación formal. Y para hablar sobre su original actividad se han reunido con el profesor **Darío Gómez Sánchez**, miembro de nuestro comité editorial.

Lo que leerán a continuación fue inicialmente una conversación orientada a partir de las preguntas de nuestro editor, con las digresiones y titubeos propios de la plática. Pero en aras de la claridad y la concisión Orlanda y Javier optaron por unificar y (re)escribir sus respuestas, sin abandonar los trazos de lo que fue hablado y anticipando en una ‘nota casi al oído’ su intención: “Quisiéramos que nuestras respuestas casi se oyeran -ojalá- despojadas de artificios retóricos y de pretensiones académicas estériles y voluntariamente herméticas para dizque parecer profundos”.

- Desde el punto de vista de la educación formal o institucional, se establece con frecuencia una separación entre oralidad y escritura, como si se tratase de cosas totalmente diferentes. Por lo que conocemos de sus experiencias como promotores de lectura y escritura encontramos que ambas actividades se complementan. ¿Cómo se da esa incorporación de la oralidad en la práctica de la escritura?

Sí, normalmente la oralidad y la escritura se consideran dos cosas aparte, aisladas, porque la organización del pensamiento que es necesaria para escribir un texto, creemos que viene de algo que provee la escuela -lo cual, evidentemente es falso-, pero además, porque se piensa que la oralidad y el habla popular están lejos de contener alguna rigurosidad o saber digno de conservarse permanentemente, que es lo que ofrece la escritura. Pero nosotros hemos querido recoger en “las voces” escritas de quienes acuden a nuestros talleres, esa fusión que se evidencia en sus textos, contruidos desde la oscilación entre la oralidad y la escritura. Nos gusta mucho ese fluir de pensamientos y sentimientos aparejados, uncidos en un solo quehacer frente a una hoja en blanco y un lápiz. Sabemos que la lengua escrita tiene sus propias reglas, ajenas a una mayor libertad de la lengua oral, ya que allí las reglas ortográficas tienen otra presencia, más libre, inconsciente; y la sintaxis puede ser arrevesada, titubeantes las palabras, afectadas de emoción, de dudas, cercanías o distancias, de frialdad en el discurso o de elocuencia. Trasladar esto a la escritura es otra cosa, por eso les proponemos que se abandonen al flujo de las palabras como si estuvieran diciendo, como si estuvieran contando... y hasta sosteniendo una conversación imaginaria. Respondiendo por escrito lo que, de manera sencilla, sin elaboraciones complejas y premeditadas, va surgiendo en el papel. De esta fértil mixtura muchas veces se alcanzan altas condiciones estéticas, brota a veces la poesía en esas honduras que se plasman. Queremos rescatar esto. Y sobre todo que cualquiera pueda pensar que escribir sirve, que los únicos que escriben no son los escritores reconocidos o ya muertos. Que en las palabras nos vemos, nos reconocemos, nos encontramos y que esas palabras escritas revisten así un carácter de permanencia porque a las “palabras se las lleva el viento”. Vale la pena escribir para sabernos, encontrarnos y abrazar nuestra condición común sin pretensiones de nada, sin atavíos y sin ropajes que nos escondan de los demás y sobre todo, de nosotros mismos.

Debemos detenernos un poco en la repetida expresión de que las palabras dichas se las lleva el viento, y matizarlo. Sabemos que hasta la aparición de la escritura la forma de transmitir conocimientos, saberes ancestrales, tradiciones, cultura, poesía, ensalmos,

mitos fundacionales, fue la oralidad. Y que ella no sólo bastaba, sino que aparejaba al sentido y el sonido, y contrapuntos hechos de titubeos, carraspeos, miradas en quienes escuchaban, actitudes, gestos que alimentaban el fuego de lo que se estaba diciendo o lo extinguían en balbuceos y silencios. La oralidad requería una nemotecnia en su música, y así ser fielmente entregada por generaciones. Surgieron las diversas formas y métricas en los cantos de los chamanes, de los aedos, de los poetas, que pudieron liberar sus composiciones de la necesidad de ser memorizadas cuando surgió la escritura, y luego la imprenta democratizó y multiplicó hasta el vértigo el número de libros. Pero esto no reemplazó, ni minimizó de ninguna manera, la transmisión de la riqueza de muchas culturas ágrafas y no ágrafas, primordialmente a través de la oralidad. Esto nos hace pensar en la fuerza de muchas expresiones que perviven esencialmente en el habla (los dichos, exageraciones y refranes, por ejemplo), que están muy arraigadas en la cultura y que reflejan gran parte de la sabiduría e idiosincrasia de pueblos y regiones y que se vuelven un necesario motivo de reflexión sobre el devenir de los aspectos culturales que denotan.

Recordemos la riqueza de la sociedad Inca, su desarrollo y profunda adaptación al entorno, cuando Pizarro y su pequeña hueste asesinaron a 10.0000 indígenas en Cajamarca, Perú, porque Atahualpa desdeñó el objeto que se le entregó para presentarle al Dios cristiano: un libro, una biblia, que luego tiró al suelo, y este gesto desató la matanza. Alfredo Mires Ortiz, coordinador de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, una muy potente iniciativa que ya lleva más de cincuenta años multiplicando sabiduría ancestral vuelta libros, nos dice que al libro había que amansarlo para llevarlo a las comunidades. Había que amistar con la palabra escrita y volcar en ella esos saberes que la oralidad a través de cientos de años sembró y cultivó. Y llevarla en pequeños morrales por los caseríos humildes y las montañas. Los comuneros de la Red hablan, y sus palabras son transcritas dando cuenta de quién las recogió, quién las transcribió, quién las dijo, y dónde fueron dichas, respetando su particular y rica dicción. Conservando así su vínculo entre habla y escritura. A continuación una cita relevante:

El libro ingresó a nuestra historia como un estigma, como el augurio de lo fatal, como el advenimiento del infortunio, como una condena imposible de ser conjurada por los herederos de aquellos pueblos (...) Ocurre entonces que el libro se instaura en el mundo andino con visos de incoherencia, con tendencias de manipulación, con alardes de poder irrefutable e investido de prepotencia. Las

formas de comunicación oral y natural en los Andes se hallaron a quemarropa con el libro como un fetiche del conocimiento ajeno y como un heraldo del dominio devastador de los invasores.

En lo sucesivo, la palabra escrita se utilizó fundamentalmente para mentir la historia de los indios y para despojarlos de sus derechos tradicionales. No era la ley lo que se escribía: lo que se escribía era ley.

Atahualpa, como víctima respecto a un objeto y a un lenguaje que no supo comprender, se ve reproducido en los indios que quedaron huérfanos de todo, a partir de la existencia de documentos administrativos y judiciales que les iban negando, paulatinamente, su capacidad de existir y de seguir gestando su propio rumbo¹.

Y esto vale para muchas culturas en el mundo, a las cuales se les ha impuesto el libro como un criterio de progreso, que bastantes veces lleva implícita la fuerza de arrasamiento sobre lo otro, lo diferente, lo anormal. Los iletrados, suponen muchos ilustrados, nada saben del mundo y hay que enseñárselo, y el libro ahí adquiere otro sentido que habría que pensar.

Sabemos que hay muchas personas que hablan como escriben, y esto suena forzado, artificial, porque no son iguales los lenguajes. Entonces asistimos, cuando los escuchamos, a su esfuerzo por elegir palabras, la construcción correcta, y hasta la puntuación, en el aire de la voz emitida con torpeza. Son los preciosistas, y casi que queremos ayudarles a que desaten, que es justamente lo que el habla llana hace: es fresca, brota espontánea sin miedo de equivocarse, de desdecirse si es del caso, de reírse de sí misma si divagó u erró el camino. Así pues, no podemos hablar como escribimos, salvo raras excepciones de altos espíritus, que de alguna manera son ellos mismos escritura, pensamiento, reflexión, claridad y dudas también, pero que se expresan bellamente en su conversación. Impresionaba escuchar y ver, por ejemplo, algunas de las charlas de Borges, porque discurría serenamente y uno asistía pasmado a ese fluir del habla tan reveladora, que podría ser transcrita casi sin ninguna modificación, para que reflejara altas cotas estéticas. Pero esto es excepcional. Al transcribir lo hablado tal cual, es necesario precisar la cercanía (o literalidad) que tiene lo escrito con lo hablado. Y en muchos casos, como lo hemos dicho, esto otorga otra riqueza, que probablemente no es la del gran escritor, pero puede mostrar una potente expresividad, la vitalidad propia del movimiento, sereno o a tropezones, de las palabras. Del espíritu del hablante,

¹ Mires Ortiz, Alfredo: *El libro entre los hijos de Atahualpa la experiencia de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú. 2021.

Otros textos del autor pueden ser leídos en el blog: “Andares de las Bibliotecas Rurales de Cajamarca” Disponible en: <https://bibliotecasruralescajamarca.blogspot.com/2020/06/>

de su verdad interior, porque el habla no se invistió de ropajes elegantes, fue natural y sin ataduras, y esto nos seduce.

Es muy seguro que las dificultades en la lectura y la escritura en la universidad vienen de experiencias infantiles. A partir de su trabajo con niños en diversos contextos, ¿cómo creen que se puede estimular la práctica de la lectura y la escritura desde temprana edad?

Esta es una pregunta que muchos expertos y no tan expertos han tratado de responder. Digamos que es la recurrente pregunta en cuanto foro, charla o conversación informal, se dan alrededor de la lectura y la escritura. Seguramente agregaremos palabras y consideraciones ya hechas. No tenemos fórmulas mágicas como las que usualmente se piden.

Se suele decir que si no lees no podés “inocular el virus” de la lectura. Y en esta época viene bien a cuento lo del virus. Un virus se asume siempre como dañino; esta imagen entonces es diciente, porque, por supuesto, con lo de la lectura el imaginario popular da cuenta de algo que te puede enfermar de la pulsión por leer, que ya no te suelta y te “sorbe el seso”, o como dice Cervantes que a Alonso Quijano se le “secó el cerebro”. Cuando se emplea esa expresión de inocular el virus estamos haciendo eco de ese prejuicio que hace que tantos padres de familia les digan a sus hijos que dejen de leer y hagan algo provechoso; o, ya que no está haciendo nada vaya y me hace un mandado. Estar absorbido en un libro es para muchos una vagancia, un despropósito cuando “hay tanto qué hacer”. Sin embargo, muy pocos admitirían que piensan y actúan así con sus hijos o sus estudiantes, porque lo políticamente correcto, lo admitido socialmente, es que la lectura es un deseable hábito, que supuestamente nos dará, además, un montón de conocimientos. Y queremos muchas veces insuflarlo casi por milagro a los demás, sin que la ensoñación con un libro, la contemplación y la conversación crítica con lo leído, estén incorporadas a nuestra vida. Sencillamente, si no lees no podés contagiar a nadie con herramientas para enriquecer la propia vida y la de los demás, para argumentar y razonar, y menos aún, si negamos la posibilidad de que alguien se distraiga de la dictadura de lo rentable y pragmático, para encontrar los dones que entrega la lectura.

Tras un mundo interior modulado en tratos con lecturas (de muchas cosas, no solo libros, sino objetos, situaciones, experiencias), muchas veces deviene la escritura, casi como consecuencia de ese diálogo establecido para vernos y ver el mundo y a los

demás, desde la sorpresa de lo que surge de nuestro adentro.

Hemos observado algunas otras particularidades: cuando proponemos a quienes asisten a los talleres que escriban, sabemos que muchos de ellos no lo harían de manera natural, porque casi siempre se entiende la práctica de la escritura como una prerrogativa de “escritores”, o, como la manera de mostrar en un examen lo que se sabe sobre un tema concreto, ajeno a eso que es uno por dentro, en soledad y silencio. Por eso les hacemos preguntas sobre su vida, sobre su ser, y ellos, aunque no tengan familiaridad con la escritura, al hacerlo, se encuentran un poco más con la reflexión que proporciona el espejo de escribirse. Y leen luego y se leen, y esto es algo notable, porque cuando leemos con niños, adolescentes y adultos lo que hemos publicado de sus escritos, ellos se interesan mucho, se ven reflejados en esos textos. Quieren leerlos, preguntan dónde conseguir el libro. Las lecturas que les interesan más son por supuesto las que atienden a sus intereses, a sus necesidades interiores, al hallazgo en otros de preguntas y respuestas que les son comunes. Ya luego vendrán el canon literario, los clásicos, el conocimiento de los necesarios hitos de la literatura.

- Es un lugar común afirmar que los jóvenes no leen y no escriben. Si esto es verdad, ¿Hasta dónde piensan ustedes que la educación formal o institucional es responsable de esta carencia o dificultad?

Es un lugar común, claro; de hecho, vemos en las estadísticas que rara vez se consideran las lecturas en pantallas, y esa es una realidad que por las condiciones de la pandemia se ha exacerbado. Es cierto que, aunque leen más en pantallas de lo que se considera, la educación formal tiene una alta responsabilidad en la dificultad de los jóvenes para leer y escribir más. Muchos de los profesores no leen, y tampoco se han planteado la escritura como una extensión del pensamiento, el reconocimiento de las emociones o la expresión fluida del ser en el papel: la manifestación, para nosotros necesaria, del mundo interior volcado al afuera y hasta contemplado por vez primera en las letras que surgieron. Pensamos que este ejercicio es vital. Por otra parte, la institucionalidad está al servicio de la ideología pérfida que busca uniformar y cumplir con estándares orientados a la producción. Desde esos propósitos, muchas veces la labor de la escuela es sólo vaciar contenidos y cumplir currículos y planes que ni siquiera rozan la condición interior de niños y jóvenes. Desde ese rozar, todo conocimiento entonces sería posible, el interés por lo que ofrece la academia se multiplicaría, porque estuvo

antecedido de una genuina atención al mundo interior. Condición necesaria para abordar con mayor curiosidad el afuera. Suponemos entonces lecturas con las que efectivamente dialoguen, escrituras que en verdad los contengan, les hablen de sí y de cómo hacen parte del mundo. Pero obviamente, para que estas condiciones se dieran, sería necesaria otra concepción de la educación, una que valore más la labor docente (donde los primeros son los padres y el entorno cercano a cada niño), así como el arte y la construcción del ser. De seres más felices que productivos.

- En el caso de los adultos, ¿ustedes creen que sea posible revertir esa dificultad o ausencia de relación con la práctica de la lectura y la escritura a partir de nuevas motivaciones?

Creemos que sí. A partir de que encuentren su propia expresión, libre inicialmente, de la tiranía de las reglas y de la ortodoxia del lenguaje escrito. Ya luego en el caso de alguna publicación se corregirá, si es del caso. Aunque es necesario decir, en primer lugar, que lo que promovemos con la escritura es el encuentro de cada uno consigo mismo, la lectura y comprensión de sí, para ser conscientes de la propia individualidad y de su relación con la comunidad; y en segundo lugar, que la idea de publicar lo que se escribe no es necesariamente un fin, y a veces es sólo un embeleco en el que cae mucha gente, precisamente, porque se tiene la idea de quien escribe publica y quien publica es “famoso”, tiene prestigio. También creemos posible cambiar esa relación con la lectura y la escritura a partir de contenidos de interés para ellos, como se dijo al hablar de la lectura en la institución, contagiando también el fervor por leer y escribir por parte de quien los invita. Y compartiendo la convicción de la riqueza y las tonalidades que el propio mundo adquiriría, y el eco y las correspondencias que nos enlazarían a la naturaleza y a la vida de los demás.

- Hoy es frecuente la práctica de la escritura y la lectura en dispositivos electrónicos y muchos gobiernos invierten más en computadores para estudiantes que en libros y bibliotecas. ¿Piensan que la tecnología favorece la escritura o interfiere en su desarrollo? Y con respecto a la lectura, ¿creen que el libro y la biblioteca física cumplen todavía una función importante en la promoción de la lectura?

La tecnología bien usada puede ser una herramienta que potencie la lectura, no hay que tenerle miedo, debemos aprender a incorporarla con fluidez a la enseñanza, al aprendizaje de la lengua y sobre todo a su disfrute estético. Sabemos que el uso de

múltiples medios electrónicos ha incidido en la pérdida de la capacidad de concentración. La atención se ha fragmentado y dispersado en diversos asuntos hasta simultáneos. Y algo se pierde ahí. La lectura exige capacidad de concentración en lo que se lee y distracción de sí... pero, sobre todo, y esto casi no se menciona, exige de alguna manera deponerse a uno mismo, es decir: ocupados tanto con nosotros mismos, o más bien, ocupado tanto cada uno consigo mismo, somos incapaces de ver algo más, o a alguien más. Deponer es cesar por momentos el diálogo interior, mientras leemos, para en verdad entrar y poder comprender lo leído. Aventuramos que la pobre comprensión lectora del mundo, de todo, de un texto, tiene que ver mucho con nuestra ciega obsesión de no ocuparnos de otra cosa que no sea de nuestro ser sobre la tierra. Leer entonces es detenerse, y prepararse para viajar, para viajar (sin advertirlo casi), para viajarnos casi en lo leído. Escribir también es leerse, es conversarse y conversar con eso omnipresente que nos constituye a todos y que signa nuestra aventura vital.

Ya se ha señalado, además, que cada vez se escribe menos a mano, y esto que va unido a un flujo del pensamiento de manera más natural, nos está cambiando. En esa renuncia al lápiz mordisqueado mientras meditamos, a que la mano prolongue silencios y palabras, en esa renuncia, pensamos, algo de nosotros se pierde cuando sólo escribimos en un computador.

Por otra parte, en cuanto al libro físico, con todas sus posibilidades, que provee mayormente la biblioteca pública, es innegable que es crucial en el acercamiento y primera celebración de la cultura escrita que hacen los niños y niñas, además de muchas personas jóvenes y adultas en espacios donde no se accede fácilmente a lo digital. Solo hay que pensar en la belleza de tantos proyectos nacidos no solo de la necesidad, sino de los hallazgos, en eso que se mueve de ambos lados cuando se comparte un texto. Y eso, generalmente, pasa con materiales impresos, escritos que nos maravillan, ajenos al acceso a internet o a aparatos electrónicos.

- En el actual contexto de pandemia, ¿cómo ha sido su experiencia como talleristas virtuales? ¿Qué ventajas o dificultades han tenido con este tipo de experiencia?

La presencialidad tiene algo que no puede ser reemplazado fácilmente: asistir a los gestos, los ademanes, los rictus y pequeños ritos de cercanía y complicidad, que en la virtualidad no detectamos, o no podemos manifestar. No ha sido fácil la adaptación a estas nuevas maneras de hacer: la cobertura del internet es muy precaria en tantos casos,

hay muchas personas que podrían haber participado de los talleres y no han podido hacerlo porque no disponen de equipos de cómputo, teléfonos con datos, o dinero; las herramientas tecnológicas fallan ocasionalmente: nosotros mismos hemos vivido la impotencia y el desespero cuando a la hora del taller virtual hay un corte de energía o falla la señal de internet. Lo otro es la implicación de lo privado en estas prácticas: muchos no conectan sus cámaras por no evidenciar su intimidad o las condiciones de sus casas, de las que a veces se avergüenzan por la precariedad del espacio, o por la abundancia de ruido y de distracciones. Algunos asistentes pueden fácilmente fingir que están atentos, muchos gestos y expresiones que completan la comunicación no pueden advertirse... Y, no obstante, hay algo muy interesante: hemos creído encontrar en nuestro trabajo virtual por casi un año y medio ya, una alternativa no sólo viable, sino a nuestro entender, deseable. No solo por la comodidad que supone para muchos, incluidos nosotros, sino por la expansión de esa experiencia, de modos que no esperábamos encontrar.

Como ya lo mencionamos, en nuestros talleres hay siempre componentes de lecturas diversas, escritura y diálogo. Estamos realizando actividades donde hay preguntas que pretenden tocar el ser, la subjetividad de cada participante. Insistimos en ello. Preguntas que tocan el adentro hasta donde cada uno quiera hacerlo, porque estamos convencidos de que de eso hay que hablar, para ponerlo en palabras y ayudarnos un poco a ver, a vernos, a encontrarnos en nuestras emociones y en las emociones manifiestas de los demás. Esa necesidad, pensamos, es mayor ahora, en estas circunstancias extremas de enfermedad, encierro, muertes, pérdida de estabilidad económica, e incertidumbre. Las palabras nos dicen, las palabras ayudan. Entonces, no solo invitamos a las personas que se supone van a asistir al taller, convocamos a todos los que están en ese entorno familiar, la abuela, el abuelo, los tíos, papás, los hermanos. O los hijos, de cualquier edad, cuando el encuentro es con adultos. Les pedimos que contesten por escrito y luego compartamos en voz alta sus dudas, miedos, alegrías, tristezas, sus memorias y sus sueños. Les decimos que nos regalen un pedacito de su vida hasta donde quieran, y eso alivia, y eso calma un poco, y nos sabemos escuchados y juntos de alguna manera y tal vez más unidos. Esto solo hemos podido obtenerlo en la virtualidad, porque cuando están en sus salones no podemos hablar, escuchar el miedo o la alegría de la abuela y su nieto, y que ellos y nosotros nos sepamos entonces, y paradójicamente, pese a las omnipresentes cámaras, más juntos.

Deslizamos aquí, a manera de conclusión, una serie de testimonios obtenidos cuando proponemos una última pregunta, tras la voluntaria lectura de sus respuestas. Respuestas que ojalá graviten en el ánimo de quienes esto leen, y puedan sopesar entonces lo que esa inmersión en sí mismo, hizo a quienes contestaron. Respuestas que nos animan a continuar por ese camino de evocar el ser, porque todo otro aprendizaje vendrá por añadidura, y quizás una mayor armonía, una mayor plenitud, compasión y cercanía. La pregunta es: ¿cómo te sientes ya y por qué?

R: Me siento una emoción grande y un amor mas grande que todas

R: Me siento excelente fue muy bien compartir mis sentimientos y escuchar a los niños colombianos.

R: Bien porque pude conocer una historia que me llago al Corazón y feliz porque pude contar lo que a mí me pasó

feliz porque mi mamá me metio a este taller y es como lo mejor que me a pasado

Me siento liberada porque dije todo lo que pensaba y lo que queria que todos sepan y se sientan especiales

¿Cómo te sientes ya?

Alegre porque nos enseñar a recordar lo que antes se nos olvidaba nos enseñó a sentir a pensar a creer y a valorar nos sacó algo que estaba oculto y encerrado y lo pudo abrir liberar.

Gracias por todo

María Isabel

¿cómo te sientes
ahora ya y porque?

feliz porque estoy hablando de mis sentimientos lo que me hace feliz o triste

12. ¿Cómo te has sentido al escribir y expresar todo esto?

R/Pues siento que se me ha liberado una gran carga de encima, no todos los días nos preguntan esto, siempre nos dicen que como fue tu vida y cosas normales, jamás nos preguntan de por qué nos sentimos así, no nos preguntan qué pensamos de la vida por que no es lo común, pero lo que no es común, es especial ya que sobresale, y gracias a estas preguntas de alguna forma me he liberado y sentido especial. Gracias profes hacemos esta actividad.

Jim Sebastian Robledo 17 años

¿Como te sientes ya y por que?

Me siento bien, tranquilo, recibiendo esta clase se hizo reflexionar y aprender que la vida solo es vive una vez, y que debemos afrontar riesgos, expresando las emociones, sentimientos y preocupaciones.

Santiago 15 años

¿Como te sientes ya y por que?

En este momento siento una sensación indescriptible es como una felicidad profunda con el mundo.

X
E

Me siento muy bien porque pude expresarme y pude sacar algunas cosas que tenía dentro de mí.

Jimena 15 años

¿Como te sientes ya y por que?

Me siento muy bien porque pienso que con esta actividad todos nos concienticemos de lo que siente el otro.

Elizabeth Tobin Tamayo - 15 años

¿Como te sientes ya y por que?

Me siento muy bien, por que aprendí el sentido de la vida y leer te hace sentir bien.

Juan Sebastian Robledo 17 años

Como te sientes ya y por que?

Me siento bien, tranquilo, volviendo esta char se hizo reflexiona, aprendi que la vida solo es bre una vez, y que deberiamos afrontar, riesgos, expresando las emociones, sentimientos y percepciones

Santiago 15 años

Como te sientes ya y por que?

En este momento siento una sensacion indescriptible es como una felicidad profunda con el mundo.

• X

Me siento muy bien porque pude expresarme y pude sacar algunos temas que tenia dentro de mi

Jimena 15 años

Como te sientes ya y por que?

Me siento muy bien porque pienso que con esta actividad todos nos conscientizamos de lo que siente el otro.

Elizabeth Tabar Zamudio - 15 años

Como te sientes ya y por que?

Me siento muy bien, por que aprendi el sentido de la vida y leer le hace sentir bien

Como te sientes ya y por que?
Bien conotco el otro lado de la
Personalidad

maria paulina franco
14 años

Dilan Rios C. 15 años
Como te sientes ya y por que?
R// Pensativo porq trato de analizar las historias y situaciones de las demas personas junto
a las mias, y darle solucion.

¿Cómo te sienter ya? y ¿por que?
En este momento, algo nostálgica aunque dentro
de mí haya tranquilidad y paz, hay algo de
melancolía.

Isabella, 15 años

Primavera

Andres Felipe Londoño 15 años

me siento feliz porque todos a mi alrededor estan
feliz !!

¿Como te sientes ya y por que?

Jose manuel, 14 años

Me siento con ganas de vivir

¿Como te sientes ya, y por que?
Yo me siento emocionada por que la verdad nunca
lo habia estado.

Mariana

Johan 10 años

me siento como un ser de luz me siento liberado
Por ya conte un poquito de mi vida.

¿COMO TE SIENTES YA?

¡FELIZ PORQUE ESTOY VIVIENDO ALGO QUE NINGUNA PERSONA ESTA
VIVIENDO Y VOY A LLEGAR A LA CASA FELIZ POR VENIR A ESTUDIAR
Y SEGUIRE FELIZ TODA LA VIDA

Abril edad: 9 años
en este mismo momento me siento en un
mar de imaginacion lectura y solidaridad
Yo me sumerjo en ese mar y veo
todo lo bello

alejandro, 10 años

me siento triste porque las que pase en ese
papel es verdad y me siento mal porque
las cosas malas no la e podido corregir

Con estos facsímiles cerramos la entrevista escrita concedida por Orlanda y Javier, a quienes en nombre de la Revista Grafía agradecemos por compartir las reflexiones a partir de su original experiencia.